

Zonas de alteridad

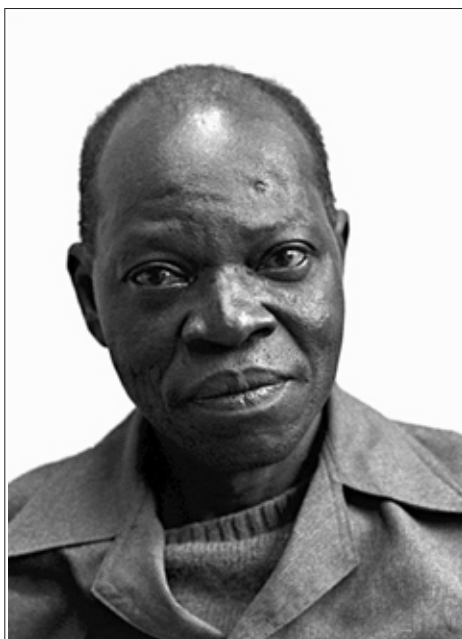
En la maleza de los fantasmas

Mauricio Molina

Hace sesenta años, en 1954, se publicó una de las obras máximas de la literatura africana: *My Life In The Bush of Ghosts* (traducida al español como *Mi vida en la maleza de los fantasmas*) del escritor nigeriano Amos Tutuola. Hijo de granjeros yorubas y cristianos protestantes dedicados al cultivo del cacao, Tutuola tuvo un azaroso destino pleno de vicisitudes que lo llevaron finalmente a ser escritor. Fue herrero, repartidor de pan y mensajero. En 1952 publicó su primer libro: *El bebedor de vino de palma*, que recibió elogios de escritores de la talla del poeta galés Dylan Thomas, quien lo calificó como “sombrio y encantador”, aunque en su país recibió comentarios reprobatorios porque la novela trataba acerca de un borracho y daba una mala imagen de los nigerianos. El uso deliberado de un inglés rudimentario le hizo ganar lo mismo lectores entusiastas como ásperos críticos.

Sin embargo, es con la aparición de *Mi vida en la maleza de los fantasmas* con la que Tutuola ganó la atracción de lectores más sofisticados y curiosos. El escritor norteamericano Robert Silverberg afirma que su estilo es “primitivo”, en el sentido de los artistas que se formaron de manera autónoma, ajeno a las academias, a la manera del pintor francés Henri Rousseau, *El Aduanero*. En ese contexto —afirma Silverberg—, “primitivo” no quiere decir sin talento o inepto, sino una forma de aproximarse a la materia narrativa. Mucho menos podríamos decir que se trata de un escritor *naïfo* ingenuo; todo lo contrario: se trata de un autor dueño de un estilo y un universo original y propio.

Narrada en primera persona, *Mi vida en la maleza de los fantasmas* cuenta la odisea de un niño de siete años que escapa de unos traficantes de esclavos y logra aden-



Amos Tutuola

trarse, en una suerte de viaje dantesco, en un ámbito sobrenatural llamado La maleza de los fantasmas, una selva lujuriente e impenetrable. Aquí es preciso aclarar que no se trata de los fantasmas tal y como los conocemos en la cultura occidental. Más bien tienen que ver con espíritus o entidades sobrenaturales que habitan un mundo aparte.

Atrapado durante 24 años en aquel mundo, el personaje se casa un par de veces, se convierte en diversos animales, muere, renace con una cabeza ajena, se convierte en un dios, se casa, tiene un hijo mitad espíritu y mitad humano, entre muchas otras aventuras extrañas, bizarras, comparables en muchos sentidos a las intrincadas narraciones de un Tolkien o Lovecraft, pero enraizadas en la mitología yoruba. Nos enteramos por ejemplo de la existencia de una Sociedad Secreta de los Fantasmas que celebran sus reuniones cada cien años. La estrategia de Tutuola es la del autor que se adentra en un universo totalmente desco-



nocido, ajeno a la lengua inglesa, y para ello utiliza un lenguaje peculiar, el del habla de los nigerianos de su región. Si logra escapar del mero folclor local es porque logra fundir su propia imaginación con los mitos populares, con lo cual consigue conectarse con lectores que desconocen su procedencia, de modo que conforma una obra de una originalidad que aun hoy logra asombrarnos. En ciertos momentos recuerda por ejemplo a *El reino de este mundo*, del gran escritor cubano Alejo Carpentier, pese a las diferencias geográficas y sobre todo estilísticas que los separan. Como en el caso del cubano, Tutuola echa mano de la tradición oral para convertirla en una poderosa fórmula para contar su historia. Lo mismo puede decirse de *Macunaima*, del escritor brasileño Mário de Andrade, considerada una de las obras cumbres de su país.

Pese a su tema, que podría parecer sombrio, la novela contiene pasajes altamente cómicos y grotescos que recuerdan la pin-

tura de Wilfredo Lam o las máscaras alucinantes de la África subsahariana, pero sobre todo guarda un profundo parentesco con Wole Soyinka, el dramaturgo también nigeriano que se convertiría en el primer africano en recibir el Premio Nobel de Literatura. Ambos hicieron del folclor yoruba su espacio de exploración mitológica, Soyinka haciendo uso de un sofisticado andamiaje literario y lingüístico y Tutuola haciendo uso de las formas orales de la narración. Dioses y hombres, deidades y animales, se confunden en una interminable red de metamorfosis ovidianas en la obra de ambos genios nigerianos.

Imposible describir la atmósfera surreal, onírica de la novela. Baste decir que se trata de una novela que recupera mitos ancestrales al mundo moderno. En este sentido Jean-Paul Sartre calificó la obra de Tutuola como una forma intrínseca de exploración de una cultura ajena a la occidental, al compararlo con los escritores que cargan sobre sus espaldas con una tradición que les impide tomar de primera mano materiales originarios.

En su poderoso libro *Kafka, por una literatura menor*, Gilles Deleuze y Félix Guattari definieron a la literatura menor como aquella que se escribía desde afuera de las lenguas canónicas: el alemán de Kafka es al mismo tiempo heredero de Goethe y también ajeno a esa tradición y cercano por ejemplo a la tradición judía. Lo mismo podemos decir del español latinoamericano, del portugués de Brasil o del francés e inglés del Caribe. Tutuola hace lo mismo con el inglés nigeriano: hace un ejercicio de apropiación para devolvernos un libro alucinante, tosco y cruel, pero al mismo tiempo refinado y original. Este mestizaje cultural, ejemplificado en *Mi vida en la maleza de los fantasmas* con la creación de una iglesia metodista de fantasmas, es la marca de agua de este gran narrador nigeriano, imprescindible para comprender las llamadas literaturas poscoloniales tan estudiadas por los *scholars* contemporáneos.

Más allá de su evidente vena imaginativa y fantástica, mítica y numinosa, la obra de Tutuola contiene una denuncia que no deja de resonar hasta nuestros días, con la violencia que se vive en África, con su constante tráfico de esclavos, matanzas, raptos

de muchachas por bandas de criminales o aventuras coloniales. Por ello en algún momento Tutuola afirma en su libro:

“Esto es lo que hizo el odio”.

Leer *Mi vida en la maleza de los fantasmas* es una experiencia delirante y fantástica. En estas épocas en que los subgéneros parecen esparcirse alejándonos del profundo manantial del mito y la imaginación, vale la pena asomarse a esta obra primordial que nos conecta con lo más alto y elevado de la creación literaria de cualquier lengua y continente.

POST-SCRIPTUM

La influencia de *Mi vida en la maleza de los fantasmas* ha ido mucho más allá de las lecturas académicas o propiamente literarias.

En 1981 los músicos Brian Eno y David Byrne, inspirados en el libro de Tutuola, sobre todo en lo que toca a esa forma de empezar de cero y crear un lenguaje propio y nuevo, grabaron un álbum con el mismo título utilizando materiales de la música ambiental, con sampleos (inserción de fragmentos musicales de una grabación existente para recombinarlos) de grabaciones de oraciones musulmanas, sermones encendidos de pastores sacados de antiguas transmisiones de radio, discursos políticos, cantos religiosos, todo mezclado con percusiones africanas, música rítmica, paisajes sonoros y otros recursos de montaje. El resultado fue un disco que marcó un hito en la historia de la música. De alguna forma, con su profusión de voces fantasmales, la grabación rinde homenaje a la obra extraordinaria de Amos Tutuola. **u**

